

JANE ADDAMS

UNA INDUSTRIA ATRASADA<sup>1</sup>

La industria que calificamos en el título del presente artículo como atrasada es la del trabajo doméstico, víctima de un atraso tanto ético como industrial. El estatus de la ética que informa a dicho sector es, en buena medida, el factor determinante en su situación industrial.

Conviene aclarar desde el primer momento que con este artículo no pretendemos abordar esta ocupación como una suerte de arte doméstico en el que participan y emplean su tiempo los miembros del hogar. Considerándola como arte, a esta actividad puede incluso atribuírsele cierto encanto, y está destinada a perdurar mientras las mujeres valoren su hogar y muestren estima por el servicio personal. Este artículo aborda dicha ocupación únicamente como una industria que constituye el sustento de un número considerable de mujeres. Hemos intentado presentar esta industria desde la perspectiva de las mujeres que desempeñan ese trabajo por un salario<sup>2</sup>.

La Revolución Industrial del siglo XVIII afectó de forma muy leve a esta industria, que es toda una reminiscencia viva del sistema doméstico que precedió al sistema fabril. Tanto los empleadores<sup>3</sup> como las empleadas comparten unas concepciones morales y un sentido del deber impregnados de feudalismo. Existe una tendencia por parte de las mujeres trabajadoras de aislarse de sus compañeras, de acogerse a la protección y a la buena voluntad de sus empleadores y de no participar en la vida corporativa de la comunidad. Las trabajadoras de esta industria prácticamente llevan las vidas de aquellas que no han descubierto el poder de combinar; son trabajadoras que

---

<sup>1</sup> *American Journal of Sociology*, Vol. 1, No. 5 (Mar., 1896), pp. 536-550. Traducción de Álvaro Osorno Vázquez. Revisión de S. García Dauder.

<sup>2</sup> Las opiniones que recogemos han sido recopiladas a través de experiencias en un *Woman's Labor Bureau* así como mediante conversaciones con mujeres que voluntariamente habían abandonado sus empleos en hogares de Chicago de toda condición. Estas mujeres casi nunca renunciaban a un puesto de trabajo en una fábrica, a pesar de que allí las jornadas laborales exigían realizar grandes esfuerzos y trabajar durante un elevado número de horas.

<sup>3</sup> *Nota traducción*: Puesto que no sabemos a qué género se refiere Addams cuando utiliza el neutro en inglés «employers», se ha traducido por «empleadores» de forma genérica, salvo cuando claramente se refiere a mujeres empleadoras.

«se muestran incapaces de dotarse de una organización lo suficientemente coherente como para mantenerse en unas condiciones cambiantes».

Todos estamos familiarizados en mayor o menor medida con las condiciones de los sectores afectados más intensamente por la Revolución Industrial. Aunque no hayamos leído los informes de las investigaciones realizadas por el Parlamento inglés de la época, al menos sí conocemos los poemas alemanes y los relatos ingleses que narran la miseria de los tejedores, desplazados por la aplicación de máquinas de vapor a la industria del tejido, y obligados a dejar sus telares artesanales en el campo para adaptarse a las condiciones de unas ciudades que se expandían de forma caótica. Sabemos que entre los tejedores había hombres concienzudos, trabajadores y virtuosos, pero demasiado apáticos como para sacar provecho de las nuevas condiciones del sector, y que prosiguieron trabajando con sus telares artesanales muchas horas al día hasta que tanto ellos como sus familias terminaron por perecer en la miseria más absoluta. La posesión de ciertas virtudes individuales no les dotaba de valor industrial.

La desaparición de ciertas profesiones y de hábitos de larga tradición en la industria, así como la necesidad de un difícil reajuste, son elementos consustanciales a una época de condiciones cambiantes, y resulta fácil pensar que hoy en día estamos inmersos en uno de esos procesos de cambios industriales a gran escala. De hecho, dicho cambio ya ha tenido lugar si consideramos los numerosos productos que solían elaborarse en el hogar y que en la actualidad se producen en fábricas. Este cambio también tendría lugar de forma natural en el caso de las mujeres si no se opusieran a él, al creer de forma absurda que es sólo en la conservación de las viejas costumbres donde reside la santidad de la vida familiar. La mayoría de nosotros puede recordar la férrea oposición de nuestras abuelas a renunciar a las velas fabricadas en casa hasta que finalmente accedieron a ello. Incluso es posible que algunos hoy en día tengan un tenue recuerdo de las sábanas que se elaboraban artesanalmente en los hogares. Posteriormente, todos hemos vivido cómo nuestras madres renunciaron a los placeres del jabón casero con notable escepticismo a pesar de la fuerte competencia del producto industrial y de sus fascinantes y seductores anuncios publicitarios.

Conforme las condiciones industriales han cambiado, el hogar se ha ido simplificando, de un asunto medieval de jornaleros, aprendices y doncellas que hilaban y elaboraban la cerveza, a la propiedad familiar; a quienes se aman y viven juntos en vínculos de afecto y parentesco. Si este proceso de cambio se hubiese completado, no deberíamos tener problemas de empleo doméstico. Sin embargo, incluso en hogares comparativamente humildes hay alguien externo al entorno familiar, alguien que ni es amado ni ama. Las familias modernas han renunciado al hombre que les hace los zapatos, a la mujer que les teje la ropa, y –en buena medida– también a la mujer que la lava, pero se resisten tenazmente a renunciar a la cocinera. Creen, por extraño que parezca, que hacerlo supondría acabar con la vida familiar. Puede que tanto los miembros de la familia como la cocinera se muestren incómodos en el trato diario, pero no renunciarán a ella incluso por mucho que la propia cocinera insista. Tan lejos llega a veces esa insistencia que la familia realiza todo tipo de concesiones con tal de que no se marche. Co-

nozco una empleadora en uno de los suburbios que llegó al extremo de construir unas dependencias en la parte posterior de su casa para que la cocinera dispusiera de un lugar agradable en el que dormir y recibir a sus amigos. Naturalmente, esta persona se sintió contrariada cuando la cocinera se negó a alojarse allí. Visto con cierta perspectiva, esa misma persona bien le podría haber construido una estancia en su hogar a su zapatero, para posteriormente considerarle un desagradecido por negarse a vivir en ella en lugar de en su propio domicilio. En este caso la empleadora malinterpretó la situación: no se percató de que para la mayoría de nosotros, el deseo de vivir con nuestra propia familia es más fuerte que las comodidades que puedan proporcionar unas dependencias personales.

Las empleadas domésticas carecen de la oportunidad de tratar regularmente con otras trabajadoras del sector y de alcanzar con ellas la dignidad de un colectivo organizado. Su aislamiento laboral redundante, como el aislamiento en cualquier otro trabajo, en una falta de progreso en los métodos y productos del sector en cuestión, así como en una falta de aspiraciones y de formación por parte del trabajador. Independientemente de que reconozcamos o no ese aislamiento como causa, podemos admitir que el trabajo doméstico es de alguna manera víctima de un atraso, dado que las mejoras experimentadas en dicho ámbito están muy por detrás de las que han tenido lugar en otros sectores. Se dice que la última revolución en las técnicas culinarias fue la del Conde de Rumford, a pesar de que éste falleció hace nada menos que cien años. Esto se debe fundamentalmente a la falta de espíritu corporativo entre las empleadas, lo cual las aleja colectivamente de los logros más recientes en su ámbito, de la misma forma que la falta de formación de un individuo le impide mejorar su rendimiento.

En estas condiciones de aislamiento, la trabajadora no sólo se ve obligada a ejecutar numerosas tareas –y, en consecuencia, tiende a realizar un volumen inferior de trabajo y de peor calidad– sino que, en vista de que no puede desempeñar un número tan elevado de labores de forma eficaz, el capital invertido en su trabajo resulta desproporcionado en comparación con el resultado obtenido, sobre todo al compararlo con las prestaciones ofrecidas por otros sectores laborales. Y todavía más importante que esto es la consecuencia que tiene el aislamiento sobre la propia trabajadora. Nada hay más perjudicial para la capacidad de innovación, o más dañino para el libre desarrollo de la mente y el espíritu, que la sensación constante de soledad y la ausencia de camaradería, un elemento que forja nuestra opinión pública.

Si un encargado de fábrica reprende a una joven empleada por romper una máquina, otras veinte jóvenes lo oyen, y la empleada reprendida sabe perfectamente qué opinan sus compañeras acerca del carácter justo o injusto de la amonestación recibida. El hecho de saberse amparada por sus compañeras le hace soportar mejor el incidente en lugar de tener que reflexionar en soledad sobre el mismo. Si una empleada doméstica rompe un utensilio o una pieza de porcelana y es reprendida por su empleadora, el jurado invisible que asiste al acontecimiento es la familia de la última, que naturalmente la respalda, lo que a su vez intensifica la sensación de aislamiento de la empleada.

Mientras que la empleadora siga aferrada a su ética obsoleta, probablemente el aislamiento de la empleada de hogar será inevitable. Sin embargo, esta situación se hace incluso más difícil a causa del carácter y las capacidades de las jóvenes que empiezan a trabajar en ese sector. En cualquier gran cambio industrial, los trabajadores más perjudicados son quienes se muestran demasiado apáticos como para sacar partido de las nuevas circunstancias. Los trabajadores con los conocimientos y la perspicacia suficientes, y que son conscientes de la época en la que viven, rápidamente se adaptan. Aunque hay honrosas excepciones, por lo general sucede que, dentro de la comunidad, las jóvenes con más iniciativa van a trabajar a las fábricas, y las de menos iniciativa se decantan por el empleo doméstico. No es una cuestión de habilidad, de energía o de dedicación al trabajo lo que permitirá a una joven empleada del hogar elevarse laboralmente; simplemente no está en una situación que le posibilite mejorar. Se encuentra atrapada en una clase compuesta por los individuos menos innovadores dentro de la comunidad; jóvenes que por lo general son víctimas del infortunio y la impericia; jóvenes que aún están aprendiendo a expresarse, que son tímidas o no muy despiertas; jóvenes cuya concepción de la vida es fundamentalmente economicista. El ama de casa se ve obligada a lidiar con estas jóvenes poco avisadas, con las que no mantiene la relación bien definida e independiente que se da entre el empleador y el empleado, sino la relación difusa y tornadiza entre la señora y la sirvienta. Si oyésemos una conversación entre dos empleadoras de trabajo doméstico, y en realidad todos tenemos hoy en día la oportunidad de oír tales conversaciones, descubriríamos que la empleadora se siente molesta y abusada, y que, según afirma, debe soportar esa situación por su familia y porque así cumple con sus deberes sociales; sostiene, además, que para ella sería un gran alivio acabar con todo eso y «no volver a tener jamás una criada en su casa». Si siguiera ese impulso, simplemente estaría cediendo al signo de los tiempos, estaría alineándose con la organización industrial de nuestra época. Y si se alinease también en el plano ético, empezaría a percatarse de que la esencia y la belleza de la vida familiar no residen en el proceso de preparación separada de la comida, sino en compartir la vida corporativa de la comunidad, y hacer de la familia la unidad de esa vida.

El egoísmo de las señoras de hoy en día –quienes, en la estrechez de su ética social, insisten en que sus empleadas domésticas no deben dedicarse más que al cuidado de su casa, y que no sólo han de ser célibes, sino que deben relegar a un segundo plano sus vínculos sociales naturales– provoca que las trabajadoras más eficientes queden excluidas de su servicio. Un hombre digno y capaz estará totalmente dispuesto a acudir a una casa para afinar un piano; otro hombre con habilidades mecánicas irá a instalar unas persianas. Otro, quizás de menos habilidad pero perfectamente independiente, irá a limpiar y colocar una alfombra. No obstante, todos ellos se sentirían notablemente molestos si el ejercicio de su actividad profesional implicase alejarse de su círculo familiar y social y vivir en el mismo hogar donde desempeñan su labor. La mayor parte de las tareas domésticas (cocinar, servir y limpiar) las podrían realizar mujeres externas que acudan a la casa al igual que los trabajadores cualificados, sin que exista una relación

de «servicio personal» con los empleadores. No hay ninguna razón por la que la mujer que limpia las ventanas en un domicilio particular no deba tener una vida familiar y social tan amplia como la del hombre que se encarga de la limpieza de las ventanas en una oficina. Si la actitud «servil» dentro del ámbito del empleo doméstico desapareciese de una vez por todas, y si se modificase la relación entre empleadores y empleadas, se habría dado el primer paso hacia la superación de numerosas dificultades.

Aunque esta industria doméstica sobrevive en medio del sistema fabril, su competencia con él es constante. Ambas modalidades de trabajo están disponibles para todas las mujeres sin formación específica que buscan empleo, excepto para quienes tienen hijos pequeños o impedidos que dependen de ellas. En ese caso se les cierran las puertas tanto del trabajo doméstico como de las fábricas, y por consiguiente se ven prácticamente confinadas al gremio de la costura.

Hay pocas mujeres tan incompetentes como para no saber pegar etiquetas en una caja o realizar algún otro tipo de trabajo industrial; pocas tan incompetentes como para que una empleadora potencial no las reciba en su casa con el fin de pasar un periodo de prueba. Como hemos dicho, el trabajo doméstico ha de competir permanentemente con el trabajo industrial, y las mujeres en búsqueda de empleo comparan de forma más o menos consciente ambas opciones, sobre todo en lo referido a la duración de la jornada laboral, estabilidad, salarios y conciliación con la vida familiar y social. Son tres puntos los que se suelen tener en consideración: (1) En cuanto a la duración de la jornada laboral, no hay duda de que la fábrica lleva ventaja. La jornada media en una fábrica va desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde, con la posibilidad de realizar horas extras en épocas de mayor carga de trabajo. Esto permite disponer libremente de la mayor parte de la tarde así como de los domingos. En cuanto al trabajo doméstico, la jornada media se extiende desde la seis de la mañana hasta las ocho de la tarde, sin grandes variaciones a lo largo del año. Hay una tarde libre a la semana, y ocasionalmente una noche, pero los domingos normalmente sí son laborables. (2) En cuanto a la estabilidad del puesto, resulta más ventajoso ejercer como empleada doméstica –siempre y cuando sus empleadores estén satisfechos con su rendimiento– ya que el nivel de competencia es menor. (3) En lo concerniente a la remuneración, el empleo doméstico vuelve a estar por delante, considerando no ya el sueldo en sí que recibe la trabajadora, sino más bien la oportunidad de ahorrar que su puesto de trabajo le proporciona. Una oportunidad que es mayor en el caso de las empleadas domésticas por varios motivos: no han de pagar gastos de comida o alojamiento, su uniforme es más sencillo, y la posibilidad de gastar dinero en actividades de ocio es menor. El salario mínimo que recibe una empleada doméstica adulta es de unos 2'5 dólares semanales; el máximo, seis dólares, excluyendo las escasas oportunidades en las que una mujer puede trabajar como cocinera por cuarenta dólares mensuales o ejercer como ama de llaves por cincuenta dólares al mes. Los salarios en una fábrica pueden ser más bajos de media, pero considero que, en opinión de las empleadas, esto se ve contrarrestado por las mayores oportunidades de progresión salarial que ofrece la fábrica. Una joven de más de 16 años casi

nunca acepta trabajar en una fábrica por menos de cuatro dólares a la semana, y siempre alberga la esperanza de convertirse en encargada con un salario permanente de quince o veinticinco dólares a la semana. Lo consiga o no, lo cierto es que sí tendrá bastantes opciones de ganar al menos diez dólares a la semana en calidad de trabajadora cualificada. Es más fácil que una joven se contente con cuatro dólares semanales –pagando de su bolsillo comida y alojamiento– en una escala de salarios que llega hasta los diez dólares, que contentarse con cuatro dólares semanales sin tener que abonar el coste de la comida y el alojamiento pero en una escala de salarios cuyo tope es de seis dólares. Además, la joven es consciente de que hay puestos de encargada de fábrica con una remuneración de sesenta dólares mensuales, frente a los cuarenta dólares como cocinera, o los cincuenta como ama de llaves en el empleo doméstico. En muchos casos –a pesar de que la oportunidad de ahorrar puede ser mayor para las empleadas domésticas que para las operarias industriales– las familias de las mujeres que trabajan en fábricas y viven en sus propios hogares consiguen ahorrar más. No hay necesidad de pagar otro alquiler si la joven trabajadora reside en su propio domicilio. Además, los 25 dólares semanales que aporta a la familia cubren de sobra el gasto de su manutención, y por la noche puede contribuir en las tareas de la casa ayudando a su madre a lavar y coser.

Esto nos lleva a un cuarto punto de comparación entre ambas ocupaciones: el de las posibilidades de conciliación con la vida familiar. Conviene recordar que, por norma general, las mujeres están dedicadas a sus familias; que desean vivir con sus padres, hermanos, hermanas y demás parientes, y que de hecho están dispuestas a renunciar a una buena oportunidad laboral con tal de no alejarse de ellos. Esta dedicación está tan generalizada que es imposible no tenerla en cuenta al pensar en las mujeres como trabajadoras. Al contrario que los varones, las jóvenes solteras no son indiferentes a las necesidades de su familia y, según hemos podido comprobar, tienden a permanecer más cerca de sus padres –especialmente cuando son ancianos– así como de los miembros de la familia que más atención requieren. Sin embargo, las empleadas domésticas encuentran dificultades a la hora de disfrutar de su vida familiar, y dependen en mayor o menor medida de sus empleadores para ver a sus familiares y amigos. Curiosamente, la misma dedicación a la vida familiar y la atención inmediata a sus demandas que experimenta la empleadora, juega en contra de la empleada doméstica y la sitúa en una posición de aislamiento social. La empleadora, en su empeño por preservar intacta su vida familiar y libre de intrusión, actúa en contra de los intereses de su empleada: sólo le concede la oportunidad de relacionarse con su propia familia una o dos veces a la semana, ya que requiere constantemente de sus servicios. Esa concepción tan sumamente estrecha de la vida familiar es compartida igualmente por los varones de las familias empleadoras. El almuerzo que toma un caballero neoyorquino en restaurantes de prestigio como *Delmonico's* es preparado por un chef que cobra cinco mil dólares al año y que dispone en su cocina de los instrumentos más avanzados. Horas después, ese mismo caballero llega a su casa aún con el recuerdo del exquisito almuerzo, para encontrarse con una cena preparada por una mujer que cobra cuarenta dólares mensuales y que se ve obligada

a trabajar con muy pocos medios y en una cocina de dimensiones muy reducidas. El contraste entre el almuerzo y la cena es enorme, pero el caballero oculta su insatisfacción y piensa que al cenar en su propio hogar contribuye de alguna manera a honrar la vida familiar, incluso aunque su mentalidad de hombre de negocios le indique que está pagando más por esa cena mediocre que por el magnífico almuerzo de unas horas antes, y que aceptar esa situación implica contradecir todos los principios que han hecho posible que sus negocios alcanzasen el éxito.

La empleada del hogar, además de estar aislada laboralmente, se encuentra aislada socialmente. Conviene destacar que las empleadas domésticas que realizan su labor profesional en las mejores zonas de la ciudad proceden mayoritariamente de los barrios menos acomodados, cuyos habitantes se caracterizan por su aprecio a la vida en comunidad. Allí, una niña nace y crece en un entorno repleto de otros niños. Con ellos va al colegio, donde aprende a leer y escribir junto con otros cuarenta compañeros. Cuando ya es lo suficientemente mayor, acude a fiestas que se celebran normalmente en lugares públicos abarrotados. Si trabaja en una fábrica, vuelve a casa caminando junto a muchas otras jóvenes, de la misma manera que años antes solía ir con ellas al colegio. Interactúa con los chicos que conoce, por lo general de su mismo nivel socioeconómico. Hasta que contrae matrimonio, permanece en la casa sin ningún cambio o ruptura especial en su vida familiar y social.

Sin embargo, la situación es distinta para la joven que trabaja como empleada doméstica, ya que sus condiciones de vida cambian repentinamente. Aunque este cambio pueda ser incluso provechoso para ella, no es fácil, y la sola perspectiva de rentabilidad económica no es lo suficientemente atractiva a los veinte años de edad. Se encuentra aislada de las personas con las que ha crecido, con las que ha ido al colegio, y entre las que espera vivir cuando se case. Se siente sola, alejada de sus seres queridos; y «la chica nueva» con frecuencia parece «rara» a ojos de sus empleadores. No se relaciona socialmente con los miembros de la familia empleadora, como sí hacen las jóvenes que trabajan *para* una familia en el ámbito rural, por lo que experimenta una horrible sensación de soledad. Este temor –tan instintivo como saludable– al aislamiento social es tan intenso que, como pueden atestiguar las oficinas de empleo de cada ciudad, cubrir un puesto de trabajo vacante es más o menos difícil dependiendo del grado de compañía que ofrezca. Así pues, la vacante más fácil de cubrir es siempre un puesto en una casa céntrica que cuente con cinco o seis empleadas; una vacante en un hogar de la periferia de la ciudad con dos empleadas es notablemente más difícil de cubrir; y si se trata de una casa de campo solitaria, las posibilidades son nulas.

Hay familias residentes en las afueras de la ciudad que realizan un esfuerzo heroico por dar cierta vida social a su empleada doméstica: la llevan a conducir, hacen posible que salga a comer fuera ocasionalmente, y le proporcionan libros, periódicos y algo de compañía. Aunque la intención sea indiscutiblemente buena, en la práctica no es del todo efectiva. En primer lugar, porque es una relación forzada, y no hay nada peor en el mundo que un simulacro de compañía. Es posible que la empleada tenga verdade-

ro aprecio por sus empleadores y que disfrute con ellos, pero es una situación poco natural, porque la compañía en esos casos es simplemente el resultado de una mera proximidad física derivada del ejercicio de su profesión. Me consideraría una imperdonable snob si, porque una mujer me cocinara, me negase a tenerla como mi mejor amiga, a conducir, leer, o atender recepciones con ella. Sin embargo, en realidad la amistad entre ella y yo podría surgir o no dependiendo tanto de su forma de ser como de la mía, de igual manera que uno puede hacerse amigo o no de un compañero de clase en la universidad. Por otra parte, también estaría actuando de forma muy estúpida si yo creyese que sólo por el hecho de que una mujer prepare mi comida y viva en mi hogar ya debería ser su amiga, sin tener en cuenta si realmente congeniamos. Sería un disparate que tanto mi familia como yo nos sintiéramos obligados a hacerle compañía, cuando indudablemente ella preferiría estar con su propia familia y amigos. El carácter antinatural de esa situación lo provoca el hecho de que la distancia y la falta de tiempo de ocio impiden a la trabajadora doméstica relacionarse con su círculo familiar y de amistades. La empleadora, sintiéndose culpable, insiste en llenar ese vacío que siente su empleada, pero no a través de los gustos e intereses de ella, sino mediante los suyos propios. Esto puede dar buen resultado o no, pero en cualquier caso la trabajadora no debería depender de la buena voluntad de sus empleadores. Es en sí mismo feudal.

Además, esta situación genera una distinción social entre las empleadas domésticas y las trabajadoras industriales a favor de éstas en cuanto a la percepción que los varones jóvenes tienen de ellas. Una mujer que lleva veinte años trabajando como empleada doméstica me dijo que, cuando era joven, los únicos hombres que «le prestaban atención» eran cocheros u obreros no cualificados. El nivel social de sus pretendientes se incrementaba conforme ella ascendía de puesto en el hogar donde ejercía. Cuando se convirtió en ama de llaves a los cuarenta años de edad aparecieron los mecánicos cualificados, y de hecho contrajo matrimonio con uno de ellos. Las mujeres que buscan empleo son perfectamente conscientes de esa situación –por injustificable que sea– y se convierte en un elemento determinante para decantarse por el trabajo industrial.

Hace tiempo que dejé de pedir disculpas por las visiones y opiniones de la gente trabajadora. Estoy convencida de que, en general, sus opiniones pueden ser tan brillantes o estúpidas como las del resto de la gente. Sin embargo, es fácil demostrar que ese prejuicio particularmente absurdo de los jóvenes mecánicos en relación a las empleadas domésticas de menor nivel está también muy extendido entre la clase empleadora. El contraste se ve acentuado por la mejor posición social de las trabajadoras industriales y las ventajas de las que disfrutaban, tales como clubes sociales, comedores, y residencias de vacaciones, algo que para las empleadas domésticas es prácticamente inaccesible debido a sus largas jornadas laborales, su situación geográfica, y la curiosa sensación de que no son tan interesantes como las jóvenes que trabajan en las fábricas.

Este artículo no pretende sugerir soluciones, pero si es correcta la premisa del aislamiento de las empleadas domésticas, y si damos por cierta la afirmación de que el aislamiento constituye el factor determinante en el

puesto de trabajo, entonces resulta evidente que es necesario encontrar un remedio al problema, al menos en sus aspectos sociales y domésticos. En caso de que se permitiera a las empleadas del hogar vivir con sus familias y entre sus amigos, tal y como hacen las trabajadoras de las fábricas, tendría lugar un aumento de la producción de los centros industriales y se acortaría el tiempo dedicado a las labores domésticas.

Podría darse el caso de que las señoras para las que trabajan las empleadas domésticas tuvieran que volver, al menos durante un periodo de transición, a encargarse personalmente de determinadas tareas en su hogar. Tal vez necesitarían comprar la comida ya preparada y limitarse únicamente a servirla. En cualquier caso es evidente que eso no supondría ninguna dificultad, y no hay motivo alguno por el que la labor de servir la mesa no pueda ser llevada a cabo por mujeres distinguidas y tan elegantes como los camareros suizos que, con una celeridad verdaderamente portentosa, sirven las mesas en los hoteles europeos. En los casos poco frecuentes en que la empleada doméstica carece de vínculos familiares, la creación de clubs residenciales sería un remedio eficaz al problema del aislamiento social, al menos en los barrios de la periferia, donde el aislamiento se da en mayor grado. No en vano, este tipo de residencias empiezan ya a ser una realidad, concretamente para albergar al personal de algunos hoteles. En este tipo de instalaciones, las empleadas domésticas tendrían la independencia que sólo un hogar propio puede proporcionar. Naturalmente esto requeriría un nivel de competencia por parte de las empleadas domésticas superior al que tienen hoy en día, si bien es cierto que sólo ofreciendo este tipo de posibilidades se podrá conseguir que las mujeres de mayores aptitudes intelectuales se decanten por trabajar como empleadas del hogar. Mientras que la iniciativa de las residencias para empleadas domésticas probablemente se desarrollará en primer lugar en los barrios de la periferia, donde actualmente resulta más difícil contratar al personal de servicio, la tendencia de comprar comida ya cocinada y de adquirir productos industriales en lugar de elaborarlos en casa se iniciará seguramente en los hogares del centro de la ciudad, más desfavorecidos en comparación, y en los que la presión del sistema actual es más acuciante. De hecho ya consumen, en proporción, una mayor cantidad de comida en lata y de alimentos preparados que los estratos sociales más pudientes<sup>4</sup>, ya que no disponen ni de la capacidad ni del tiempo que se requiere para la tediosa elaboración de dichos productos. Comparativamente, resulta muy fácil para las familias de mayor poder adquisitivo no depender de productos o servicios externos al hogar, puesto que disponen de cocineras, lavanderas, camareras, etc. Las dificultades empiezan cuando los ingresos familiares son tan reducidos que sólo es posible contratar a una sola persona para desempeñar todas esas funciones. Estas dificultades se convierten en obstáculos infranqueables cuando todas las tareas recaen sobre la madre de familia, y especialmente

---

<sup>4</sup> La autora ha podido ver cómo una madre de extracción social humilde pasaba frente a una cesta de guisantes frescos situada en la puerta de una tienda de comestibles para adquirir en su lugar una lata de guisantes en conserva, ya que eran más fáciles de preparar para la cena y por que «a los niños les gusta su sabor metálico».

cuando viven en un piso o –peor aún– en una casa de vecinos, en los que una estufa o un juego de cubiertos pueden tener multitud de usos, adecuados o inadecuados. En estas condiciones, la sala de estar de la familia se convierte en un lugar pavoroso en verano, y completamente insoportable en los lluviosos días de colada durante el invierno. Esas mujeres viven en una época difícil, sin la necesaria separación de funciones e instrumentos que exigen los nuevos tiempos.

Si las empleadas del hogar disfrutasen de una vida social y doméstica más plena, se habría dado el primer paso hacia su incorporación a las organizaciones industriales de mayor entidad en las que la necesidad de una comunidad es administrada con más éxito. Muchas jóvenes que se lamentan de sentirse solas, y que abandonan su puesto de trabajo alegando tan sólo esa excusa, lo que intentan expresar es su sentimiento de limitación e inadaptación. Suelen afirmar que «se sienten tan desnaturalizadas todo el tiempo»<sup>5</sup>, y cuando deciden abandonar el hogar en el que trabajan, sus razones para hacerlo son frecuentemente incoherentes y totalmente incomprensibles para la señora de la casa, que naturalmente llega a la conclusión de que el verdadero motivo de su marcha es que desean retornar a los bailes y, en definitiva, a un estilo de vida frívolo y ocioso, contentándose en el mejor de los casos con trabajar largas jornadas en una fábrica insalubre. No obstante, la sospecha de la empleadora es sólo una verdad a medias. Puede que los bailes sean la única forma de vida social que la empleada sea capaz de mencionar, pero en realidad está siendo partícipe del signo de los tiempos, y lo que intenta manifestar la empleada es lo que ya dijo un poeta inglés hace cinco siglos: «En verdad, hermanos, la confraternidad es el paraíso, y la falta de ella, el infierno; la confraternidad es vida, y la falta de ella, la muerte; todo lo que hagas en esta vida, hazlo en aras de fortalecer la confraternidad».

Otras dos industrias de hoy en día presentan características similares a las del empleo doméstico, dado que quienes trabajan en dichos sectores también se ven aislados en el ejercicio de su profesión. En primer lugar nos referimos a las mujeres que se ganan la vida cosiendo, que son el último eslabón del *sweating system*, las que terminan el producto en las casas. La mayoría de las demás jóvenes de su entorno trabajan en las fábricas; sólo ellas continúan en su casa, convirtiendo en talleres unos hogares ya de por sí incómodos. A pesar de trabajar en solitario, estas costureras gozan de ventajas de las que se ven privadas las empleadas domésticas, ya que pueden vivir cerca de sus parientes y amigos. En este sentido, se encuentran más próximas a las condiciones de las trabajadoras industriales. De hecho la tendencia es que este tipo de mujeres se incorporen cada vez más a las fábricas, una tendencia acelerada por las investigaciones sobre el sector, actos sobre los talleres, la formación de sindicatos de costureras, así

<sup>5</sup> La autora ha conocido el caso de una joven empleada doméstica a la que le cambió tanto la voz durante tres semanas de trabajo que ni siquiera pudo reconocerla cuando volvió del mismo. Su nuevo tono de voz oscilaba entre el falsete con el que un niño tímido recita un poema, y el sonido gutural propio de cuando se siente un nudo en la garganta. La nitidez y afabilidad de su tono de voz se habían desvanecido.

como la conciencia poco a poco creciente de los consumidores hacia las prendas confeccionadas en los pisos, todo lo cual provoca que se incremente el número de fábricas<sup>6</sup>.

La agricultura es otra industria desorganizada en la que los trabajadores se encuentran aislados. Sin duda existen numerosas causas que explican el crecimiento de las ciudades y la despoblación constante del campo. No debemos olvidar que el agricultor confía cada vez más en el trabajo de las escasas personas que viven en su propiedad. La unión de todos los vecinos para la elaboración del heno, la construcción de casas, las fiestas de pelado de manzanas, y el desgranado de maíz son todas experiencias del pasado. Estas actividades colectivas aunaban la labor de producción con el placer de la convivencia, e implicaban vecindad en su propia concepción.

Recientemente se ha registrado un amplio debate acerca de la situación de descontento de los agricultores. Según se ha podido descubrir, a pesar de que el 50% de la población de Estados Unidos se dedica a la agricultura, dicho 50% sólo posee una décima parte de la riqueza nacional. Este desequilibrio entre su incuestionable celo profesional y el escaso rédito económico que obtienen se debe, principalmente, a la ausencia de asociacionismo y cooperación entre los agricultores, a la dispersión en lugar de la concentración de sus esfuerzos. Tal y como aparecía hace no mucho en un artículo en *The Forum*, «la falta de un esfuerzo común entre los agricultores no sólo tiene como consecuencia una pérdida de eficacia en el trabajo –con el consiguiente perjuicio económico– sino que ocasiona un daño aún mayor: situar a la población agrícola en una posición de desventaja en el marco de la competencia industrial, en el que los sectores más coordinados, mejor organizados y con mayor concentración de esfuerzos gozan de una preeminencia considerable. El agricultor estadounidense todavía no domina el problema de la acción combinada, y por tanto no se ha percatado de hasta dónde alcanza su potencialidad. No obstante, el perjuicio económico –por grande que sea– es una nimiedad en comparación con el lamentable desperdicio de energía social. De ahí se deriva el persistente agotamiento moral que padecen tantos agricultores y, aún en mayor medida, sus esposas e hijos. Esto, a su vez, es un nuevo factor que lesiona sus intereses económicos».

Puesto que el agricultor está condenado a tener una menor vida social que los hombres que desempeñan otras profesiones, naturalmente sus hijos, deseosos de disfrutar de los placeres de la vida, acabarán por abandonar el campo. Esa fuerza que les impulsa a perseguir un nuevo estilo de vida es, sencillamente, tan natural como la fuerza que impulsa al viento a través de las copas de los árboles. Si la joven que se inicia como empleada doméstica se ve condenada a una vida social prácticamente inexistente; si se ve separada de su familia y de sus vínculos naturales, la consecuencia lógica será que las jóvenes más brillantes no optarán por el servicio doméstico como profesión, sino que seguirán la tendencia de la época y se decantarán por el trabajo en fábricas y por el esfuerzo cooperativo.

<sup>6</sup> La situación laboral y ética de las costureras ha sido ampliamente abordada en *Hull-House Maps and Papers*, por lo que resulta innecesario analizarla aquí de nuevo (ver pp. 27-45, 184-187)

El sentimiento de melancolía entre los jóvenes del ámbito rural nunca ha sido tan intenso como en el momento actual, ya que ni las labores del campo ni la producción agrícola han estado jamás tan alejadas del espíritu y del signo de los tiempos. A lo largo y ancho del país se están llevando a cabo experimentos con el fin de reorganizar las condiciones de la vida agrícola consistentes en promover que los agricultores vivan agrupados en núcleos poblacionales donde puedan establecerse algunas formas superiores de educación y civilización social. ¿Fracasarán de nuevo las mujeres en este tiempo de reorganización, como erraron completamente en reorganizar el trabajo de la mitad del mundo, con la introducción del sistema industrial? ¿Se mostrarán indiferentes ante las jóvenes que permanecen aisladas en sus hogares? ¿Continuarán quejándose débilmente en lugar de realizar un esfuerzo vigoroso para dignificar el empleo doméstico en el momento presente? Si erramos a la hora de percibir las tendencias de la época en que vivimos, y si fracasamos en adaptar las condiciones de una industria a dicha época, la consecuencia será que el sector en cuestión quede obsoleto, convirtiéndose, pues, en una industria atrasada.

JANE ADDAMS, *Hull-House*

Reproduced with permission of the copyright owner. Further reproduction prohibited without permission.